



PUBLICACIONES

DE LA REAL

ACADEMIA DE
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

— III —

ALDEA SIERVA

(ESPEJO DEL VIVIR NACIONAL)

POR

D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

De la Real Academia Española

1920

EDITORIAL REUS (S.A.) MADRID

LA SIERRA

de la Sierra Nevada

de la Sierra Nevada

de la Sierra Nevada

de la Sierra Nevada

de la Sierra Nevada

PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA
DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN

III

ALDEA SIERVA

(ESPEJO DEL VIVIR NACIONAL)

CONFERENCIA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA

De la Real Academia Española

Sesión del día 29 de Noviembre de 1919

MADRID

EDITORIAL REUS (S. A.)

Cañizares, 3 duplicado

1920

Publicaciones de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

III

ALDEA SIERRA

(ESTILO DEL NIVEL NACIONAL)

COMPRIMIDA

1954

ORTIGA MULLA

ES PROPIEDAD

Real Academia Española

Impreso en el taller de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

MADRID

Talleres tipográficos EDITORIAL REUS (S. A.)
Ronda de Atocha, 15 duplicado. (291)

Primero experimenté sorpresa, miedo más tarde. Ello fué al recibir, no há muchos días, la comunicación que me dirigió el ilustre Secretario general de la Real Academia de Jurisprudencia, Sr. Pons y Umbert, invitándome a dar una conferencia en este aula ilustre. ¿Cómo, por qué se me rendía honor semejante? ¿No sería error del amanuense? Eso pensé, considerando que me faltaban todos los méritos precisos para solicitar la atención de un selecto auditorio, el habitual de estas solemnidades del saber y de la elocuencia. Pero no; se me requería, verdaderamente, para ocupar la tribuna en que destacaron tantos egregios varones, lustre de las cátedras, del Parlamento y del Foro. Y dando vueltas en mi magín al caso, recordé una vieja anécdota de Seminario. Ved lo que fué:

Era uso en cierta diócesis de Castilla el que el Obispo obligara a los alumnos más aventajados a disertar acerca de algún tema de Moral o de Teología. Ejercicio en el que se graduaba el talento de los dicentes. El Secretario de Cámara llamó a cierto seminarista, tan desaplicado como rudo de ingenio, para encargarle, de orden de Su Ilustrísima, que se

preparase a una disertación. Maravillado quedó el tal, y contestó:

«—¿Cómo podré yo cumplir esa orden, si nada sé, y si me faltan el talento y la ciencia?»

«—No te ocupes de eso,—replicó el Secretario— Estudia, ingéniate, y si aciertas habrás ganado el lauro, y si no aciertas, también le ganarás... Y, a fin de que entiendas lo que te digo, añadiré que modelos perfectos tenemos muchos, dignos de ser imitados, pero ejemplos de ignorancia y de tosco hablar no hay en este Archivo. De modo que, si fracasas, en tu obra hallaremos el itinerario de los peligros de que hay que huir; y con hacer lo contrario de lo que tú hicieres, habrán acertado los futuros disertantes. Y tu nombre será famoso, porque interesa conocer los méritos de Murillo, el magno pintor, pero es más útil el conocimiento de cómo pintaba sus gallos Orbaneja... »

—¿Será posible?... No. La hidalga cortesía de quien me manda hablar aquí no consiente tamaña crueldad. Y sin embargo, yo me encuentro como el seminarista de la anécdota, trémulo y confuso, sin acertar la manera de corresponder al honor, no abusando de vuestra paciencia.

Al entrar en esta casa de las altas doctrinas fundamentales de la sociedad, han vuelto a mí los días juveniles, cuando yo cursaba en la Universidad Central los estudios de Derecho, bajo los auspicios de aquellos maestros memorables que se llamaron Gu-

tiérrez, Montero Ríos, Comas, Pisa Pajares, Colmeiro, y los otros supremos doctores.

Y, entonces, alguna vez asistí a los debates de esta Academia, y me sentí tan inferior a los polemistas, que nunca osé ponerme en la fila de ellos, contribuyendo esa experiencia a que yo me retirase para siempre de una profesión que codiciaba.

Como en la vida lo que hay que esperar con certeza de que llega, es lo inesperado, véase de qué suerte me encuentro ahora ejerciendo de maestro, donde no me atreví nunca a entrar como discípulo.

Fuere el que fuese el resultado de esta mi osadía, yo podré ostentar en lo futuro sobre mi pecho la augusta venera con que me enaltecéis...

Y solicitar vuestra benevolencia, me parece inútil: téngola por segura, ya que cuanto menos estiméis mi entendimiento, mayor será el acopio que traigáis de generosísima tolerancia. A ella me acojo.

En las enormes, trágicas mudanzas que está experimentando el mundo, abundan de tal modo los problemas jurídicos, que no tenéis los definidores otra dificultad que la de elegir. Aquella sublime máquina de Justiniano, en cuya contemplación y análisis ocupamos los días más venturosos de la existencia,— porque eran los de la mocedad—, surge ahora ante mí como viejísimo monumento en el que los siglos han puesto la pátina de miriadas de crepúsculos. Descubro a lo lejos, entre las brumas del pasado, la castiza figura del recitador de Heinecio, cuando se

consideraban definitivas las fórmulas Justinianeas. Ahora se anuncia otro derecho, sin que hasta el instante en que hablo se adivine el cuerpo de doctrinas que ha de sintetizarle. No son ni la Sorbona, ni la Universidad de Salamanca, ni las regias chancillerías, ni los sublimes letrados, los que han de concretar las novísimas, confusas aspiraciones.

Ni es la toga la que impera, sino la blusa; ni es el colegio de los ilustres, sino la horda de los enfurecidos la que decide y resuelve. Y cuando se dice que el derecho antiguo ha muerto, yo corrijo la frase, afirmando que, lo que ha muerto es el derecho, sin que quepan modas y estilos en lo que tiene por base la conciencia.

Ni concibo al Rey Alfonso el Sabio interrumpiendo sus libros de Justicia, para enterarse de cómo va una huelga de sindicalistas en la industriosa villa de Medina del Campo, o en las ferrerías de Cantabria.

Una inmensa y dolorosa inquietud devora las almas. ¿Quién tendrá serenidad bastante para empezar aquellas minuciosas exégesis que llenaban cientos de abultados becerros, y constituían el vivir legislativo de una raza? La antigua paz espiritual consentía esas exageraciones del comentario minucioso, del que podrán burlarse los modernistas, pero que demuestra el sereno andar de un entendimiento por todos los rincones de la cuestión menos transcendente.

Cuando se edificaba con bloques gigantescos, la obra era lenta, pero se conservaba perdurablemente. Cuando hay que improvisar, entre la proclamación y el olvido pasan pocos años, pocos meses tal vez. El

venerable maestro Diego Covarrubias y Leiva, anticipándose a lo futuro, dijo que habría de llegar un tiempo en que todo fuera veloz, porque las contiendas humanas exigirían de los jurisconsultos el afán de oponer a cada dificultad una solución, bien que ellos advirtieran cuanto hay de fragilidad en lo perentorio.

Y estamos en la era de la perentoriedad, y así es de varia y profusa la obra legislativa; tanto que, aquellos doctísimos maestros que realizaron las Recopilaciones, habrían de abandonar la faena ante las montañas de leyes, reglamentos y decretos que van saliendo, sin demora, de los centros ministeriales y de la energía parlamentaria.

Lo que hay es que del viejo derecho se conservan íntegros los monumentos, y de este derecho nuevo no hay, desde el destronamiento de Napoleón a los días presentes, una eminencia que levante sobre la altura del tomillo.

Cuando el estilo férreo grababa sobre el pergamino encerado, lentamente, cada letra, era necesario meditar mucho antes de estamparla, porque era difícil borrar. Hoy, la taquigrafía, el arte de la escritura vertiginosa, como si se hubiese puesto de acuerdo con la realidad momentánea, obliga al legislador a una carrera frenética, y claro está que en ese frenesí suele olvidarse lo fundamental.

Más de una vez me ha ocurrido a mí, en mis funciones de humilde periodista, ir a visitar a un personaje gobernante y su secretario me ha dicho: «—El jefe está trabajando con sus taquígrafos. Redacta el

proyecto de ley que ha de ir mañana al Congreso.»

Y yo me quedaba asombrado de que una ley, que ha de establecer nuevo régimen sobre las iniciativas sociales, modificándolas acaso profundamente, fuera una improvisación de tal género. Al leer el proyecto que el ministro había fraguado de esa suerte, comprendía la imposibilidad de la perfección. Porque no es así como se hacen, ni como se pueden hacer las leyes. Así es el azar el que legisla.

A lo que antes he dicho sobre mi incompetencia y ya sabrías vosotros, o lo habréis deducido del extraño proemio que os voy leyendo, he de añadir que faltaran absolutamente en esta conferencia doctrinas esenciales. Pero, además, faltará el orden. Cierto es que para realizar un empeño intelectual metódico hay que poseer inmensa sabiduría. Nada tan difícil como ordenar, nada tan sujeto a perturbaciones ideológicas como el ir y venir ligero sobre los temas. «Estas consideraciones que aquí estampo—escribía Saavedra Fajardo—me han costado largo estudio, porque yo quería disponerlas en el régimen de la imperiosa lógica, y eso es arduo.»... De manera que me será a mí imposible serviros con el ordenamiento correspondiente los apuntes que he tomado por base de mi peroración.

¿Y de qué os hablaré?... Muy poco de lo que he leído, algo de lo que he visto... Modo único de que sea tolerable mi presencia en esta cátedra. Porque de las esencias de la doctrina, y de las contradiccio-

nes teóricas, los que me escuchan, maestros o discípulos del Foro, no necesitan de mi intervención.

Pienso yo que sois algo así como un alto Tribunal investido de los prestigios supremos. Sabéis cuanto es necesario para intervenir cerca de los Poderes públicos con el dictamen y el consejo. Veo aquí y allá personalidades ilustres que han moldeado bajo sus manos magistrales la conciencia nacional. Si yo pretendiera contribuir a esa empresa, probaría la más crasa ignorancia y el atrevimiento menos tolerable... Pero si sois un tribunal, yo tengo acaso derecho a comparecer ante vosotros con el relato de los sucesos que he presenciado, con la referencia de las quejas que he oído, con el anhelo de mejoras que palpita en las muchedumbres. Y por ser yo periodista, descriptor de costumbres, analizador del diario choque entre los hostiles elementos que luchan por el imperio español, no será imposible que me autorice una larga vida de trabajo para que me oigáis con calma. No llegaré a ser un denunciador de crímenes, pero sí un testigo de desventuras. Y eso es lo que voy a hacer, a intentarlo cuando menos... Con lo que la presencia del lego puede ser grata a los sabios capitulares.

A mí han llegado incesantemente las quejas de las víctimas. Primero, las escuché, pensando que carecían de base. Tal vez las excitaba el espíritu revolucionario. Y frecuentemente me convencí de que así era. Quedaba un conciente importante en que la iniquidad parecía por modo palmario. No obstante, yo titubeaba, yo temía aceptar como base de una cam-

pañá justiciera las patrañas de los miserables que, a cambio de salir avante con sus maldades, no les importa destruir la sociedad... De este modo pasaron largos períodos de mi vida. La fortuna me otorgó medios de actuar sobre la opinión, pero me abstuve de emplearlos, no fuera que me convirtiese por candidez intensa en instrumento de los anarquizantes.

Fué necesario que los altos emitieran el fallo... Un día fué un Ministro de Gracia y Justicia que, con la solemnidad usual, inauguraba la función de los Tribunales, denunciando los más espantosos horrores.

Luego fué un estadista preclaro, ¿por qué no citarle, si eso será motivo de lauros para su memoria!... D. Francisco Silvela, quien tomó de su carcax un puñado de flechas, y las lanzó sobre la dormida sociedad, la que según su revelación, hartó probada, carecía de pulso.

¿Era necesaria prueba mayor?

No... Pero la hubo. Aquel casi olvidado patricio, el de las energías inagotables, el de la labor sin fin y sin fatiga, el solitario de Graus, el león oscense, convocó en el Ateneo de Madrid a los más autorizados ciudadanos para que disertaran sobre el tema fundamental, título de su empeño averiguatorio: «Oligarquía y caciquismo». Y asistieron con sus dictámenes Maura, Mañé y Flaquer, Orti y Lara, Pí y Margall, la Condesa de Pardo Bazán, Dorado Montero, Rahola —que acaba de fallecer—, Royo Villanova, Ramón y Cajal, Federico Rubio, Unamuno, Ruiz Capdepón, Sánchez Toca, Santa María de Paredes, Sanz Escartín, el Conde de Torre Vélez, Salillas,

Conde y Luque, Azcárate y otros muchos, eminentes y autorizados... Toda dubitación había desaparecido. Desde esa hora yo adquirí el convencimiento de que España era una nación desprovista de justicia, esto es: anulada para la vida.

Ignoro si la obra de D. Joaquín Costa ha pasado estéril sobre el alma española. Temo que sí. Y si yo me convenciera de ello, me sentiría acobardado. Porque el Hércules aragonés, que elaboraba con fiebre creadora sobre los tristes surcos, hincando la reja en la parda, áspera tierra, sembrando la semilla de la voluntad, poniendo en los altozanos la esperanza y en los húmedos valles la sentencia salvadora, merece el diario recuerdo. Nadie sino él, solo él, marcó las anheladas rutas, y en el itinerario que señalara, se iba de lo castizo a lo renovado, de lo pretérito a lo futuro...

¡Costa, ... acaso por haber sido tan grande, no pudiste entrar en el estrecho cuadro de la mentalidad establecida!... Yo te contemplo como el último genial propagandista, el que cada día arrojaba de sus cuadernos de incansable estudiantón, sobre las ignaras muchedumbres, la ciencia y el castigo. Tu pedagogía fué una tempestad. Entre rayos y truenos venía de tí a nosotros la admonición salutífera!... Y un día, trás largos dolores, partiste en demanda de la Eterna Justicia... El inmenso montón de notas en que habías condensado cuarenta años de vigiliás, se evaporó en una llama... Y de tu larga vida quedó únicamente la certeza de que debíamos cambiar de ruta...

Amigos fieles, los que lo fueron del Maestro, y lo son míos, me contaron los días últimos del gran es-

pañol... Él, ya consumido por su dolencia, salía de su casita de Graus en busca del aire libre. Le acompañaba un criado, portador de una silla y una jarra llena de agua. Andando, o arrastrándose iba D. Joaquín de calle en calle. Tenderos, menestrales, propietarios, salían de sus moradas a saludarle. Era la gloria que pasaba. Hasta los menos cultos adivinaban que asistían a los últimos pasos del Gran Aragonés. Y Costa sonreía, sonreía, bien que supiera que aquello era su funeral. Cuando se fatigaba harto, sentábase en la silla. Y sediento constante, que eso era rasgo de su enfermedad, reclamaba la jarra y la consumía...

Sediento de agua, sediento de justicia... Ni el Ebro hubiera bastado a apagar su ardor interno, ni un novísimo régimen de justicias reparadoras habría acabado con su febril dolencia primaria: la noble ira contra el crimen triunfante...

Un día sintió el maestro la angustia irremediable. Iba a morir. Interrumpió el paseo, dejóse caer sobre un resalte de la montaña, apoyó su cabeza, la magnífica cabeza de pensador y de luchador, sobre la piedra fría, y allí quedó para siempre... ¡El Moncayo había crecido!

Antes de seguir quiero tomar en cuenta un comentario que, de cierto, pasa ahora por algunos de los cerebros del auditorio. Y ese comentario es éste: «¿Pero aún se nos va a hablar del caciquismo?... «¿Todavía hay quien cree que eso vale la pena de nuevo examen?... Ahora hay otros temas de mayor substancia... ¿No se ha enterado el conferenciante *de eso* del Sindicalismo?...»

Quiero anteponer la explicación a la censura probable. En efecto... *Eso del Sindicalismo* es el riesgo del día... Pero, ¿no se ha observado que el Sindicalismo va contra todos los organismos existentes, menos contra el cacicazgo?... Porque eso es lo cierto. Las iniquidades del cacique contribuyeron seguramente a la ira popular, y ésta buscó la fórmula que primeramente le fué ofrecida. Las víctimas requerían una salvación. Y en la aldea triste, o en el pueblo rico, o en la ciudad esplendorosa, los sacrificados dieron su voto y entregaron su conciencia y su albedrío a quien les anunciaba la venganza...

...Porque el Sindicalismo es eso, un propósito vengador, nunca un régimen de organización social... Llegado el caso de ponerse a la obra, mientras los olivares andaluces ardían, y las mieses se evaporaban en el negro humo, podría sufrir daño el cacique poseedor de los predios, pero su autoridad no era discutida, ni combatida, ni desdeñada. Odio a la guardia civil, odio a los jueces de instrucción, odio a cuanto representase autoridad...

Dejando aparte el secreto dominador, como si no fuese el único responsable de este gran crimen del hambre española... ¡Hambre de pan y de ley!

Eso basta para calificar el movimiento societario. Ciego, mal dirigido, inculto y cobarde, endereza sus embestidas contra las representaciones uniformadas, y no se entera de que en un rincón de la calleja, en los soportales de la plaza, en los arcos de una antigua casa nobiliaria, adquirida a bajo precio, y restaurada con daño del arte, están los señores perdu-

rables, los dueños permanentes de la tierra, los dictadores, los indiscutibles tiranos... De modo que *eso del Sindicalismo*, forma que ha de ser pasajera, bien que destructora, no va contra el causante principal de la desdicha, sino contra los que generosamente cumplen la ley y la representan y la honoran.

No es, pues, esto de que voy hablando, y de que seguiré diciendo, idea trasnochada, viejo tópico de los antiguos estilos de la Sociología. Hoy, como ayer, el cacique es árbitro de las conciencias, legislador irresponsable, gobernante sin limitaciones, amo definitivo del pueblo.

La huelga estalla, el motín ruje, hay que declarar el estado de guerra, ocupan las vías principales de la ciudad los soldados, víctimas perpetuas de los errores comunes, y en la inmensa conmoción de la ciudadanía, hay un rinconcito misterioso donde la paz no se altera. Es el nido del buho. Allí se esconde el ave siniestra. Ella sabe esperar, ella aguarda los días de la calma, y cuando acaso se celebran en el templo los funerales de las víctimas, el buho asoma su cabeza, buscando, desde el escondite, el término fructuoso de su vuelo renovado. El cacique reaparece, cobrando en un instante la renta que le otorgan los cobardes, los desorientados, los tristes y abatidos. Él sólo tiene un mérito: la serenidad. Todos tiemblan, todos se agitan, todos luchan... Él espera... Esperar es triunfar. Por eso el cacique triunfa y triunfará hasta que un concepto nuevo de los derechos y de los deberes sociales, tape su nido y le ahogue en la propia, infecta atmósfera de un alma corrompida.

Yo he visto hace poco un caso demostrativo... Un pueblo revolucionado. Se habían cometido profanaciones contra el templo, habían sido perseguidos por las calles, como perros rabiosos, el Cura párroco, el Juez Municipal y el Maestro. La guardia civil procuraba imponer el imperio de la ley.

El horrendo vocerío de la barbarie desatada retumbaba en los ámbitos, antes pacíficos, del lugar. Fué necesario que los representantes de la benemérita disparasen sus fusiles. Y cuando concluyó la tormenta, salió en busca del teniente, que había dispuesto la función restauradora del orden, el señor de los dineros, el avaro que operaba sobre la tristeza común de la aldea, y él quiso estrechar la mano del héroe...

Fué caso curioso. El héroe...—llamo así al jefe de unos cuantos guardias, que hubo de resistir los desmanes de miles de labriegos, armados de escopetas, pistolas y hoces—, rechazó el homenaje, diciendo: «No acepto saludos. Cuando requerí a los vecinos importantes para que me ayudaran, no vino usted a fortalecerme... Y ahora que el plomo ha impuesto el miedo, pretende unirse a mí con una reverencia...»

Así procedió un Teniente de la Guardia civil, del ilustre instituto defensivo de la sociedad, que a cada hora da muestras mayores de abnegación y de heroísmo, y que merece el aplauso unánime de los españoles.

Y ese Teniente de la Guardia civil, así que pasaron los sucesos y se restableció la calma en el lugar a que me refiero, fué trasladado a otra parte...

¿Nombres? Ya he dicho que yo no vengo aquí como denunciador, sino como testigo.

Y lo que me importa probar es que el cacique continúa imperando, que el Sindicalismo no es, acaso, sino una mutación de personas, dentro del concepto general del caciquismo.

Por lo que tendré derecho a continuar mi teoría... Esa teoría se ha desarrollado en un viaje...

Viaje curioso. Yo iba en la mejor de las compañías posibles por tierras de Soria, siguiendo la línea que trazó Ramón Menéndez Pidal, cuando quiso restablecer en la vida moderna aquella genial escapatoria de Rodrigo de Vivar, que consta en el poema de *Mío Cid*. Y anduve sobre tarda mula por las aldeas, por los senderos escabrosos, por las horrendas posadas, y me detuve donde me placía, y aligeré la marcha cuando no me era grato detenerme...

Y donde quiera hallé al cacique. Ya en un pueblecín insignificante, en el que apenas existía un conato de Iglesia; ya en la villa reverenciada y rica, cuando no en la capital importante. En todos estos sitios se destacaba un hombre. ¿Quién era? Yo no le había oído nombrar nunca, hasta aquel momento. Pero llegada la noche, cuando era preciso dormir, aunque fuese sobre miserable y sucio lecho, la figura del dominante se me imponía. Un apellido era pronunciado por todos. Si conducía mi mula al herrador para que le ajustase los clavos de la herradura, entre los golpes del martillo sobre el yunque, sonaba el nombre

del César lugareño. Si entraba en la abacería a comprar vituallas, también allí se hablaba del magno señor. Fuí a la iglesia, acaso, para rezar mi oración, en el crepúsculo vespertino. Unas cuantas viejas acompañaban al Párroco con sus anguarinas pardas sobre la testa, y con el grueso rosario entre las manos. Vi entonces que parte del techado amenazaba hundirse. Interrogué cómo se hallaba en tal abandono la Casa de Dios, y me respondieron que, como el Párroco había reñido con el cacique, no había concedido el Gobierno los créditos necesarios para la obra restauradora.

El monstruo tiene donde quiera que se halla las mismas líneas, idéntica figura espiritual. Conocido uno, habéis conocido a todos. Él se esconde cuando tiembla, él reaparece cuando le conviene, él actúa desde su cavernita sobre los altos palacios nacionales. Lo que él no quiere, no es. Consúmense los talentos oratorios del Senado y del Congreso para modificar el ambiente, para regimentar con nuevo estilo las ordenanzas nacionales... Allá, en la aldea, radica el hombrecillo que parece inventado por un cuentista fantástico. Él es la voluntad imperante... Un gesto del cacique en su aldea hace temblar el Trono.

Descubro sobre el Parlamento la sombra del buho caciquil. Y en el Palacio del Congreso paréceme que, por truco simbólico, los presuntos leones de la guerra de Africa, son disfraces del pajarraco odioso... ¿Cómo olvidar que la mayor parte de las actas que ostentan los Diputados son obra del dañino vividor aldeano?...

Por eso es raro que allí se oiga la voz de la Nación. Lo que suena es el interés personal, la pasión, la codicia, la vanidad, la ignorancia. El analfabetismo de los dictadores lugareños trasciende en la tribuna. Y su audacia también... Así se explica la separación, cada día más clara, entre los ciudadanos y sus falsos representantes...

Al dictado de que España es Nación sometida a las vilezas de la iniquidad, hay que añadir este otro: España, Nación suplantada en los Comicios y en las Cortes... Cada día aparece más evidente el divorcio. Ahora, como nunca.

Porque allí no estremece los ámbitos el elogio de los soldados que mueren gloriosamente en Africa, en lucha sin gloria, lejos del amor de quienes les ordenan pelear y sacrificarse... En cambio retumban las acusaciones por el grave delito que cometen esos amparadores de la patria: el de indignarse con las afrentas que al orden y a la paz son inferidas por los impunes criminales...

Sí, empecé mi viaje. No iba yo en busca del cacique, sino en busca del Cid. No hallé en parte alguna de los lugares que recorrí memoria del Gran Caballero de las Castillas. Pero pasé de cacique a cacique como un viajero marroquí pasa de kabila a kabila.

Vecino de la corte, residente aquí desde los años primeros, alumno de Seminario, más tarde de San Isidro y de la Central, desconocía a España. Era para mí, por lo mismo, novedad emocionante el vivir de los pueblecillos, que en esa época andaban en la faena de la recolección.

En uno de ellos acerté a detenerme en una calidísima tarde del mes de Agosto. Las eras palpitaban con todo el fragor del trabajo, llevado a los últimos límites de la resistencia. Sabido es que el labriego, en ese momento de su vida, mira más al cielo que a la tierra, no sólo porque en el cielo está su guía, sino porque la aparición de una nubecilla, allá lejana, puede ser el anuncio de su ruina. Esa nubecilla tal vez se extienda prodigiosa y rápidamente. Y cruje la techumbre y tiemblan los montes, y cae el aguacero, cuando no es el granizo. ¡Pobres gentes las que han labrado todo el año los inicuos surcos, donde todo es esfuerzo, y nada es recompensa!...

Si el azar les libró de tantas y tantas causas de desastre, cuando por milagro meten la hoz en los trigales, aun les angustia las inquietudes del último momento... Y, en la tarde de que hablo, el cielo azul se cubrió de nieblas de modo inesperado. Afanáronse vertiginosamente los que limpiaban el grano, lanzándolo al aire con los bieldos. Sonó un trueno. Brilló un relámpago, descendió el diluvio...

Y en ese momento, cuando yo asistía entristecido a la desesperación de la aldeita, vi pasar cerca de las eras a un hombre de pelo rojo, mal vestido, con prendas sucias y ruines, apoyado en un garrote... Todos le saludaban, hasta los que apenas tenían ya fuerzas para resistir la catástrofe meteorológica... —¿Quién es?... Me contestaron. Un nombre. No lo recuerdo. Ni importa la recordación. Lo que quedó en mi alma fué la memoria eterna de cómo pronunció ese nombre el labriego a quien yo había interrogado.

Si las palabras del humano lenguaje toman timbre distinto, modificador del sentido léxico, según el alma del dicente, entonces adquirieron la modulación y el sonar de las letras un poder significativo extraordinario. Sí, aquel era el amo, el dueño de todos los límites municipales, el dictador de la muchedumbre aldeana... Era el *cacique*...

Y el hombre de la garrotilla se alejó, para ver las otras eras, calculando el daño del temporal, esto es, analizando los beneficios que aun le restaban sobre la turba famélica que iba perdiendo de generación en generación su brío antiguo, el de los poemas viejos, el de las leyendas inmortales.

Yo iba de viaje, como he dicho. La escena referida me detuvo. Me procuré un lecho en la posada, conversé con la posadera. ... Y supe en el coloquio, cerca del hogar, cuando la sartén temblaba sobre las ascuas, lo que yo deseaba respecto a la vida de aquella aldea...

Todo cuanto se refiere a la existencia del hombre, estaba en manos del cacique. Las antiguas y exageradas referencias de los señores de horca y cuchillo eran una broma, comparadas con los desafue-ros del magno, pequeño señor. La herencia inter-venida, el cambio de propiedad sujeto al querer del amo. Los ajustes entre obreros y patronos, su peditados a la exigencia del prodigioso dominante... Y así todo.

La protesta latía en los corazones y en los labios. No había un solo vecino del lugar que se conformara con el abuso. Y sin embargo, el hombre de la garro-

tilla gobernaba a la muchedumbre, sin que jamás le asaltara el miedo de la venganza.

Por eso yo, después de permanecer en ese pueblecito unos cuantos días, así que salí de él, en mi mula de paso, me detuve ante una ruina románica que se destacaba en la linde del camino. Y allí me pareció que relucía el nombre verdadero de la localidad.

He aquí el nombre:

ALDEA SIERVA

Aldea sierva... No es sólo aquella que yo encontré en mis varios caminos sin régimen. Luego he visto que la aldehuela se multiplicaba, aquí y allá, en la aspera Castilla, en la ardiente Bética, en la feraz Extremadura, en las huertas murcianas, y en fin, para no enumerar todos los lugares geográficos de la nación, donde quiera que hay tierra de martirio y cielo iluminado.

Aldea sierva... El vecindario transita bajo el imperio del terror. Sus labores no tienen el precio natural, sino el que les impone el cacique. Sus derechos, sus litigios, sus controversias de hombre a hombre, de linaje a linaje, no se ventilan a la luz del sol, sino que los decide una voluntad irresponsable, un pensamiento interesado, una codicia in-noble.

Y mientras hoy se consumen las organizaciones políticas buscando la manera de conciliar al obrero y al capitalista, continúa la dominación del escondido, siniestro mandatario de la cobardía ciudadana.

Porque el cacique es eso: el agente de los que no

actúan, el vicario de los ausentes, el sustituto de los alejados.

He leído con atención suma los relatos de los disturbios sindicalistas en las tierras de la agricultura española; y he visto que el cacique se hallaba fuera de la contienda. Fijáos en el caso, asombráos si queréis, pero no déis al olvido mi advertencia...

Será destruída la propiedad, los magnos cortijos andaluces, en los que se ha puesto ultimamente cuanto convenía a la propaganda técnica de la agricultura, serán aniquilados. Fuego y barbarie coincidirán en el esterminio de las iniciativas merecedoras de aplauso... Pero el cacique... El cacique continuará dominando, resolviendo, eligiendo concejales, otorgando actas de diputados, cooperando al nombramiento de los senadores, demostrando siempre su prestigio indiscutible... Diabólico emblema de la autoridad injusta, él será, si le importa, agente del Sindicalismo... Donde haya una sospecha de crimen allí estará el cacique...

«Debajo de la mentida armazón constitucional, lo que de veras existe es un cacicato, editor de la Gaceta, y distribuidor del presupuesto. Disputarse esta herramienta del predominio y sojuzgar a los demás es la sola y común vocación que a las colectividades políticas, sin exceptuar las más extremas, podrá reconocerles el historiador de la pasada centuria. La sedición sistemática, en nombre del orden; la vio-

lencia y la proscripción en nombre de la libertad; la realeza patrimonial aspirando a tomar la investidura de las manos de la plebe insurrecta, el superlativo democrático, agenciado en las puertas traseras de los cuarteles, por vía de rebelión pretoriana; todas las formas imaginables de la vida facciosa; nunca acatamiento a la autoridad abstracta, ni neutralidad en las leyes, ni moderación en el mando, ni perseverancia para reivindicar el derecho, ni tenacidad para ejercer las funciones de la ciudadanía. Generaciones amamantadas y educadas así, no podían parar en otra cosa; ni el gobernante sabe ser «magistrado» ni el súbdito se siente «ciudadano». La arbitrariedad se ejercita cuando se puede, y se ambiciona cuando toca la vez de padecerla. El cacique no es sino un faccioso con mando; el faccioso, un aspirante a cacique.»

Ya habréis advertido que este párrafo no es de mi cosecha. Ojalá que mis pobres vidueños fueran capaces de producir un racimo de tanta substancia generosa. He copiado a D. Antonio Maura, quien hablaba así en el dictamen que emitiera sobre la Memoria de D. Joaquín Costa. Hace muchos años, tantos que en la nota que acompaña al texto se citan las calidades del exponente, diciendo así: «Diputado a Cortes; ex Presidente de la Real Academia Matritense de Legislación y Jurisprudencia; ex Ministro de Ultramar.»

Véase cómo lo dicho entonces por quien aun no habían llegado a las cimas superiores de la gobernación, parece que ha sido dictado ahora mismo. Condición de los que adivinan, consignando, cuando fuere, la eterna verdad.

España desgobernada... Sigue estándolo... El principio de autoridad desconocido... Continúa ese desconocimiento... La ciudadanía ausente... No ha retornado todavía de su viaje por las tierras de la desesperanza... El querer legal sin virtud creadora... Hoy como entonces... Espíritu faccioso regimentando las contiendas... Tampoco en esto ha habido mudanza...

¡Es que hoy como ayer, todo tiempo es igual!...

No creo que exista amargura más grande que la del patricio que ama a su pueblo, y procura salvarle y redimirle, y fracasa en cada empeño nuevo y siempre vuelve a su hogar con la lanza rota y el escudo acribillado. Y acentúa el dolor y le agrava—el dolor que sentirá aquel a quien esto le ocurra—la indiferencia de los espectadores...

Porque si en España los hombres no son ciudadanos, son espectadores únicamente. Ellos asisten al suceso, le contemplan, distraídos o emocionados, y nunca se juzgan en la obligación de intervenir.

¿Por qué?... El hogar castellano atrae demasiadamente. Dentro de sus muros se encuentra el español tranquilo y alegre. Si no es el amor de la compañera o el cuidado de los hijos, es cierta indomitable pereza a surgir en demanda de los justos. El Agora no existe aquí. Apenas el café es un conato de Agora,

sin la libertad de los juicios, sin la energía de las contradicciones, sin el choque de los ideales... Ahora, es decir, palenque de pensamientos, café, café hispánico, es recinto de las murmuraciones.

Todo se discute allí entre sorbo y sorbo de la pócima, y para cada fama hay un tizón y para cada gloria un menoscabo... El concurrente a esos antros pierde en ello lo mejor de su energía. Se halla seguro de haber cumplido con un deber. Pero no ha cumplido ninguno, sino que ha aniquilado su virtualidad ciudadana.

Un gran español, que se nos escapa del amor admirativo, D. Benito Pérez Galdós, ciego, anciano y pobre, había analizado en una de sus novelas *El café* como manera social de las esterilidades. «Costumbre turca»—dijo él. De tal modo ha arraigado en nuestras costumbres ese lugar de los hueros comentarios, que no parece sino que nosotros llevábamos dentro desde tiempo inmemorial la noción del club abierto a todos los holgazanes, sin que nos fuera necesario imitarlo de nadie.

Digámoslo serenamente: somos el pueblo del Mentidero.

En otras eras los coloquios, destructores de la fama, se sostenían delante de una iglesia. Luego se diseminaron por la villa y corte, hospedándose en las botillerías y en las tabernas. No había expresión parlamentaria nacional, porque aquellos ensayos del Estamento no significaron jamás la voluntad del pueblo. Las sociedades secretas, multiformes, terroríficas en su designación, infantiles en la realidad, ape-

nas pudieron contener el hervor de las conciencias sobre las que se agitaban los vapores revolucionarios.

Cuando D. Leandro Fernández Moratín quiso trazar la sátira de la literatura de su tiempo, se vió obligado a colocar la escena en un café; y el mozo de ese café, el celebérrimo *Pipi*, fué el dictaminador y el exponente de los temas...

Alcalá Galiano, el orador prodigioso, había nacido en las disertaciones de un café de la Puerta del Sol.

Y de allí subió, engrandeciéndose, hasta ser lo que entonces más valía: desterrado y luego Ministro. El murió de un disgusto producido por la violencia dictatorial.

El Conde de Toreno, aquel asturiano fervoroso, continuó en la pelea por la patria, dijo de esos clubs: «Son las reuniones de los patriotas y de los antipatriotas, fenómenos extraordinarios de un pueblo que quiere ser y no puede ser, porque se siente cercado de peligros... Discurren los ilustres sin ambiente. Y habiendo muchos que puedan decir cosas útiles, faltan el recinto y el auditorio.»

Cientos de notas palpitan bajo mis manos al preparar esta disertación... Ellas coinciden con el concepto común de la tristeza. Españoles, ciudadanos, víctimas de la persecución, alentados propagandistas de la novedad... Ellos pasaron en larga serie, sobre la que a veces resonaban los estampidos de los fusileros, iluminando con el resplandor terrible los sacrificios inútiles... Entonces se moría por una idea... Ahora lo que ha muerto definitivamente es la idea, la idea nacional salvadora.

Pero yo quiero hablaros del pueblo que encontré en mis viajes...

ALDEA SIERVA

Para adornar de jaramagos ese nombre, quiero recordar frases de aquellos españoles beneméritos que contribuyeron a la información de Costa.

Gamazo, el memorable patriota, el digno gobernante, al que falta, según yo estimo, el homenaje español, había dicho:

España es una nación que se halla, no arriba, donde debe estar, sino debajo. Explotada y no directora. Sometida y no gobernante.

Costa, el ya citado, y nunca citado bastantemente, estampó en sus páginas estas palabras:

La revolución del 68 no hizo libre y soberana a España.

Y luego añadió:

Se habló de los obstáculos tradicionales, y el Trono del Monarca fué derribado, pero el verdadero obstáculo tradicional, el Trono del cacique, quedó incólume.

Surge ante mí la figura venerable de aquel caudillo de las Libertades hispánicas. Catedrático, filósofo, propagandista, viejo por la edad, joven por el espíritu... D. Gumersindo Azcárate. De su paso por la vida española quedarán huellas eternas. Enseñó a pensar, alegró los tristes pesimismo con nobles esperanzas...

Fué el pedagogo sublime, el que mostró en cada

momento la generosidad de su espíritu... Y él dijo en momento inolvidable:

El caciquismo... Feudalismo de un nuevo género, cien veces más repugnante que el feudalismo guerrero de la Edad Media, y por virtud del cual se esconde bajo el ropaje del gobierno representativo una oligarquía mezquina, hipócrita y bastarda.

Ocuparía largo tiempo, más del que me ha de ser otorgado por vuestra benevolencia, reproduciendo dictámenes de aquellos hombres del tiempo que fué, para los que el pensamiento individual valía más que todas las agrupaciones de intereses...

Murieron a tiempo esos hombres. Murió también en momento oportuno el insigne D. José Echegaray, ingeniero, matemático, dramaturgo, inventor de ideas, propagandista de pensamientos...

...Él llevó a la tumba una amargura de que fui confidente.

«...No hay más que un concepto definitivo,—me decía D. José,—la libertad del hombre, ¿Por qué, por qué he de someterme yo a la opinión del otro si estoy contento con la mía?...»

Y otras veces me dijo el maestro: *«Veo que avanza la idea socialista, por la que yo no seré nada sino lo que me manden que sea... Afortunadamente voy a morir en breve, y no habré de someterme a los dictámenes comunes...»* Y aquél varón eminentísimo, dechado de honorabilidad, grandioso en su obra poliforme, se anticipaba en la tristeza a los días actuales.

Oid una frase del autor de *La muerte en los labios*:

«El caciquismo ha atado con correas crueles el alma española, y así, incapaz de movimiento, se la ha entregado a los cómitres de la plebe. A los amos de la muchedumbre... Entre éstos y aquél, han asesinado al espíritu español...»

D. Francisco Silvela se me aparece ahora con su noble rostro, fulgurante de espiritualidad. Él fué el primer diputado español que combatió las ideas de la Internacional en aquella Cámara desorientada de los días revolucionarios. Llegaban entonces a Madrid, por modo esporádico, las propagandas perturbadoras. Verificábanse aquí reuniones en las que lo trágico y lo risible se combinaban... Y D. Francisco, con la sutilidad de su ingenio burlesco, me las refería largos años más tarde... Fué cuando un carbonero del Avapiés dijo en un meeting, celebrado en el Paraninfo de San Isidro: «Todos debemos ser iguales, menos los ricos, porque esos han de perder sus fortunas, y estar sometidos a nosotros...»

Y un oyente, gritó: «El rico y el cura han de ser nuestros esclavos.»

Una mujer que asistía al meeting, dijo: «Yo pido un párroco para que saque de paseo a los chicos...»

Eran los albores del bolcheviquismo. Si no lo inventamos en España, a lo menos le dimos formas cómicas y pintorescas.

Silvela, comentando esas escenas, exclamaba: «Acaso la humanidad haya de pasar por tales pruebas; pero, entre tanto, se yo de un cacique que en

su audacia vencedora llegó a aprender a Nuestro Señor Jesucristo... Para impedir que sus enemigos celebraran una procesión, dispuso que la guardia rural condujera al Municipio a la Imagen del Señor de la Angustia, y la sacra figura estuvo tres días en una estancia del Concejo... hasta que el Obispo de la diócesis intervino... Y aún se defendía el cacique con estas palabras: ¿Qué culpa tengo yo de que el Crucificado figure en el partido enemigo del Gobierno?...

Anécdota probatoria de que el cacique es el hombre de acción que opera en el momento, con máxima energía, sin reparar en respetos divinos ni humanos.

Cometióse en un pueblo de la provincia de Sevilla un crimen: habían sido asesinados un caballero dignísimo y su hijo mayor. Por orden del cacique cuatro guapos les esperaron en las afueras de la villa, y allí les descerrajaron varios escopetazos. Hubo una queja sonora del vecindario honrado, queja que llegó a Cánovas del Castillo, entonces Presidente del Consejo. Él dijo: «Serán perseguidos los criminales; pero he de advertir que, tratándose de caciques, nos hallamos en la penumbra de la ley...»

¡Frase sincera y profunda!... Así vive España... En la penumbra del derecho...

¡Pobres aldeanos los de VILLA-SIERVA... Hijos, nietos de los desheredados de la Justicia!

Y yo anduve mañanas y tardes por las callejuelas de ALDEA-SIERVA. Vi a la muchedumbre sometida, a

la miseria sojuzgada, al dolor sin queja, a la Justicia reducida a la voluntad de un sujeto, que allá, en su casa, disponía de todo.

Y después de ese espectáculo, en el que agoté mis medios de observación, sonó en mi alma un grito, grito que quiero repetir aquí, donde me oyen los ilustres, los valerosos, los imperturbables mantenedores del derecho.

El grito fué éste:

—¡Cobardes, cobardes!

Todo lo que ocurre no es sino la consecuencia de la cobardía común. *Aldea sierva* es el ejemplo de de esa cobardía. No hay una ocasión en que la muchedumbre se levante, no hay una hora en que la ira palpite. El secreto dominador cuenta siempre con el miedo de los otros. Harto sabe que se le odia. Sabe también que se le teme.

Pusilánimes, los reclamantes, desorientados en el camino de la queja, chocan con los más venerandos mantenedores de la ley y no se ocupan del causante de la iniquidad. Así en esas revoluciones efímeras, queda en pie el vil y es perseguido el noble.

Poned con la hipótesis del deseo, en el cerebro del humillado lugareño el éter de la energía, y cambiará la escena, sin que sean precisas las violencias. Ya he dicho que en esta tierra no se sabe decir *no*. Y añadiré que tampoco es usual la frase *yo quiero*. Advertiréis que el débil pasa bruscamente del silencio resignado al grito frenético, y que, sin término medio que gradúe el proceso, las manos quietas, que parecen mostrar las heridas de las esposas de la es-

clavitud, surgen en el frenesí de la ira. Ser débil es ignorar el propio derecho, es vivir en un régimen de sometimiento. El acobardado que se entrega a la tropelía, representa una serie de antiguas generaciones oprimidas. La cadena deja huellas largamente.

Así en los viejos, nobles otorgamientos de las altas estirpes, se exigía la prueba de perdurable libertad de los antepasados. Un esclavo manchaba una familia. Porque se sospechaba que una sola gota de sangre sierva, llegado el momento de la digna reclamación, esa gota envenenaría la totalidad del ser y un derecho santo pereciera por el atavismo del pristino, lejano hábito del encadenado servilismo.

Quien no sabe reclamar, merece el oprobio de la servidumbre. Y este es el caso hispánico. Aquí se pasa de la vejación tolerada a la iracunda protesta. Por eso se nos ha concedido el derecho electoral y no le hemos estimado.

El motín, no el escrutinio de las urnas, es la expresión del querer social; y como el motín es escarnio del derecho, cuanto de él sale es ignominia, retroceso, barbarie y crimen, dándose el fenómeno de que los que piden justicia son castigados porque es inevitable la restauración de la ley y con ese castigo se afirma el imperio de los autores de la iniquidad.

Olózaga dijo un día: *Al pasar de vasallos a ciudadanos se nos ha abandonado por los que debieron ser maestros. Y así no sabemos el modo de existir en la novísima vida...*

Y un caudillo de la política, tan poco dado a los amores novísimos de la ciudadanía como O'Donell,

exclamó poco antes de su paseo militar a Manzanares: *¿A qué llamáis cuerpo electoral?... ¿A la manada que vota lo que le ordenan?... Yo no quiero esos votos. No son votos. Son balidos...*

Hombres de nuestro tiempo, uno más que los otros, y será innecesario nombrarle, han intentado enderezar el rumbo de las muchedumbres llevándolas a la urna. De nada sirvió. Ni la multa, ni cualesquier otro género de castigo bastaron.

Mientras se verificaba la elección, el pueblo jugaba a los bolos o a la pelota, o asistía a una lidia taurina, o se divertía en cafés y tabernas. Los ausentes del comicio eran los más atrevidos maldicientes del negocio común de la vida pública. Y el voto que no emitían se trocaba en ponzoña mortífera. Había en ello algo de remordimiento. El que falta a un deber, intenta suprimirlo, y luego, al advertir que ha pecado, niega la existencia del Infierno y del Purgatorio como si de esa suerte se librara de la pena. Y el tal anda en la tristeza, porque ha perdido la noción de la eterna justicia.

Ausente el ciudadano, le sustituye el cacique.

Hay quien ha dicho que si por manera inesperada y taumatúrgica desapareciera de entre nosotros el alto y poderoso cuerpo de los caciques, España caería en la inercia, como habría de ocurrirle al cuerpo que perdiera su esqueleto.

Cuentos hay en que se nos habla del hombre que ha perdido su sombra, del que ha vendido al diablo

la memoria, la voluntad, o la voz. En las antologías constan esas invenciones mágicas, que sirvieron de pretexto a disquisiciones filosóficas amenas.

Un noble de la Moldavia, que se había arruinado en el juego, entregó al infernal agente sus huesos, a cambio de un puñado de oro. El vendedor, así que se hubo realizado el truco, cayó en un estado.

No era ya sino un montón de carne, de músculos, de nervios, incapaz de acción y de movimiento. Y él veía cerca de sí a su esqueleto, meneándose activo, saltarín, con el sonar de sus huesos que castañeteaban, mientras que el corazón del ser blando latía apenas y en tanto que los ojos de la víctima del infame contrato miraban afligidos... Los que suponen que el caciquismo es el armazón del cuerpo español, no deben olvidar el cuento del triste moldavo. Porque, en efecto, la caduca voluntad del ciudadano entregó su energía al señor de la aldea y éste quedó en el dominio de ella... Ahora, que el fin de la fantasía de Guillmens es este. El angel de la dinastía sometida acudió una noche en defensa de su desvalido caudillo, y sustituyó los huesos con barretas de acero y quedó restaurada la complexión de la víctima y ésta se alzó del estado y arremetió con el esqueleto y no le dejó hueso sano... Fin natural del cacique que va almacenando odios hasta que el estallido estremezca a la sociedad presa.

¿Desde cuándo el cacique?... ¿En qué fecha nació?... ¿No fué la Reina Católica la que, descubierto

el crimen de lesa Patria, le destruyó bravamente en una hora de justicia reparadora?...

Ella, la Magna Soberana, era una voluntad. Su querer se imponía a todos. Por estar arriba, el ebrio trascendió a las diversas esferas nacionales. De este modo, el sabio y el soldado, el navegante y el conquistador, el fraile propagandista de la Fe y el negociante de los grandes mercados de la Península, realizaron la obra máxima. Y contra esa voluntad no era posible otra.

Es seguro que si aquel estilo de gobernar hubiera perdurado, no retoñaran entre las ruinas del señorío vencido los gérmenes de behetría, que luego se solidificaron en el mandón aldeano, al que debe España casi todas sus desventuras presentes.

Cuando la Señora hubo desaparecido, quedó el Trono sin ocupante. Sombras reales, mantos de púrpura, cetros que relumbraban al pasar de manos débiles a manos torpes, todo el aparato de la Majestad decaída... Y cuando la nación necesitaba para su bien la férrea resistencia, topó con endeble juncos.

Y hasta el himno que reverencia y exalta al Señor, cambió de ritmo y de sonoridades. No vibraron ya los fieros clarines..., flautas suaves, a tambores cubiertos de paños, porque no moleste el estampido del cuero tenso, cadencias femeninas, más de danza que de victoria, sonaron en las Reales Cámaras ...

En estas mudanzas de la decadencia no hubo detalle que no respondiera a la verdad del momento.

Hasta el maestro de los imperiales banquetes se atiene a la moda. En vez del homérico trozo de buey

asado, las sabias combinaciones de la perdiz manida, y los francolines sahumados con especias.

Ya no se liba el vino recio de Villarrubia, sino los licores hechizos que embriagan sin fortalecer.

Un Prelado osó decir a la Reina última: «Cuidáis más de los hombres que de Dios»... Era en los días de la firmeza imperante...

Luego, llegados los días de la cobarde aquiescencia al temor, hubo un Obispo que exclamó ante Felipe III: «Esta es la doctrina de Dios, si lo permite la Real, Sacra, Cesárea Majestad»...

España había perdido su energía. Sólo en la vieja Historia quedaban rastros de la grandeza.

Apenas ofrece interés averiguar cuándo apareció el cacique. Estimo que tiene largo abolengo. Quiso saberlo Costa, quien con el espíritu ingenuo y demasíadamente literario, que le detuvo en lo mejor de sus empresas, se llenó de alegría al saber que en el primer Diccionario de la Academia Española, el que vulgar y honoríficamente se denomina de *Autoridades*, y en su tomo segundo, que tiene fecha de 1729, está el vocablo con la acepción siguiente:

«Por semejanza se entiende el primero de un pueblo, o república que tiene más mando y poder, y quiere por su soberbia hacerse temer y obedecer de todos los inferiores.»

Harto benévola es la definición. Lo único que me importa es saber que ya entonces era universal en esta tierra el oficio del mandarín cruel, audaz y do-

minante. Pero ya he dicho que no es de máxima importancia examinarlo. Caso igual a las investigaciones del Primo de que se habla en el capítulo quijotesco de la Cueva de Montesinos. Ese Primo, autor del *Metamorfoseos* u *Ovidio Español*, dejó establecido quién fué la Giralda de Sevilla y el Angel de la Magdalena, quién el Caño de Vecinguerra, de Córdoba, quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las Fuentes de Leganitos y Lavapiés, en Madrid, no olvidando la del Piojo, la del Caño Dorado y la Priora... Y lo demás que el máximo genio estampó en sus burlas fundamentales, a través del pícaro personaje, en las que no hay palabra que no trascienda y enseñe. Donosas ironías contra la estéril erudición.

Yo experimento los atisbos de que Cervantes fué víctima del caciquismo. Como lo fueron todos los máximos españoles de la obra inmortal, y lo fueron asimismo los descubridores de tierras americanas... De una noción cierta de lo ocurrido en esos tiempos resultaría que España sufrió en su era gloriosa, por modo inicuo el imperio de la vanidad, de la iniquidad y de la injusticia... Norma inicial, sin duda, aquélla, del moderno caciquismo.

Los señores que gozaban del favor Real, en sus palacios, sin que sufrieran molestia ni fatiga, odiaban al héroe y al genio y les imponían persecución.

Pero en estas divagaciones me olvido de aquel lugarejo que ya estudié largamente, y que constituye mi Universidad de sociología. Allí ví y analicé los dolores de España. Lo que bastaría para que nun-

ca olvidase el viaje que me deparó el motivo de mi tema. Volvamos a

ALDEA SIERVA...

En ese pueblo me contaron famosos acaecimientos, en los que actuaba de *Deux ex machina* el cacique. Eran unos de espantosa crueldad. Otros de risa. En todos se veía el poder de una fuerza no domada, irresponsable, autorizada por las superiores investiduras.

Llegó a su pueblo un indiano, rico y generoso. El quería libertar a sus hermanos de la persecución y el oprobio de la usura, y derramó caudales sobre los labradores, de modo que ellos pudieran vivir sin menoscabo de su hacienda. El cacique se opuso a la redentora empresa, y buscó manera de aterrorizar al que la intentaba. Era este hombre valeroso, como que había logrado su honrada fortuna en tierras extranjeras, en las que sólo vence el fortísimo. Y como los ingenios villanescos del amo del lugar fracasaron, inventó éste una conjura republicana, anticatólica, socialista, de que era autor el indiano. Este fué preso, procesado y su riqueza confiscada. El que era multimillonario sufrió hambre. Estuvo tres meses en la cárcel de la aldea, donde miseria, frío, martirio tenían su natural posada.

Y cuando, por mediación de los representantes diplomáticos de Chile y de la Argentina, se vió libre y recobrado de la hacienda propia, huyó de su patria y volvió para siempre al país nuevo, en el que se había enriquecido trabajando... ¿Creéis que puede su-

ceder cosa más grave para el progreso de España que esta anécdota que refiero?... Yo no... Y lo peor del caso es que nadie acudió en defensa del buen español... Quedó vencedor el cacique. Y aun es peor que los altos amparadores de la tropelía ignoraban la verdad del acontecimiento. Estaban distraídos en sus lides parlamentarias.

¿Queréis otro rasgo?... Pues oid... Una tormenta quebró la techumbre del viejo templo. Harto fatigadas las vigas por el peso de los siglos, bastó aquel huracán para que la Casa de Dios se viera destruída. El Párroco hubo de habilitar un rincón del edificio para decir la misa. Trás largo esfuerzo, se concedió un crédito, destinado a la reconstrucción: poca cosa... veinte mil pesetas. El cacique las estimó codiciables, y convenció al Estado de que la iglesia no había experimentado deterioro. Convenía dedicar esa suma a una ermita que ya no era sino montón de escombros. Ni el templo fué reedificado, ni la ermita tampoco. Lo que hizo el Señor de *Aldea sierva* fué llevarse a su casa una escultura de cierto desconocido y maravilloso discípulo de Berruguete, que luego vendió a un chamarilero en ciento tres mil pesetas. Y del crédito de Gracia y Justicia no quedó memoria.

Al llegar la hora triste de las quintas allí era... y es... porque el tiempo no ha cambiado sentencia firme la de que sólo iban al servicio de la Patria los enemigos del cacique. El distribuye sanos y enfermos, hábiles o inhábiles, exceptuados o incluídos, según su parecer. Y se dió la singularidad... ha pocos años... de que los no sometidos al Reyezuelo

eran por triste azar cojos, corcobados, éticos, quebrados, míseros enfermos en su mayoría... Y esos fueron los mantenedores de la causa nacional en las filas marciales por *Aldea sierva*. El sargento tallador que examinaba a los inscritos, exclamó al pasar revista a esa tropa: «En vuestra aldea todos sois lisiados. ¡Buena pro para la gloria de ese lugar en los combates!...»

Quiero concluir mis referencias anecdóticas y demostrativas con algo que me contara el insigne don José Echegaray, de los tiempos en que fué Rey de España D. Amadeo de Saboya. Cuando éste se resolvió a aceptar el Trono español, núcleo de vorágine tormentosa, dedicó largo espacio a estudiar el país sobre el que estaba destinado a ejercer autoridad. Buscó maestros españoles entre los más doctos e imparciales... Y me decía D. José: —«Todo lo entendió rápidamente el Príncipe de Saboya, pero cuando le hablaron del cacique, nunca supo en qué consistía ese prestigio. Y cansado de la inútil investigación exclamó: —«De manera que además de los organismos públicos, hay en España un organismo secreto, que es, según me indican, el que decide en las grandes cuestiones...» Y Echegaray afirmaba que momentos peligrosos, cuando el Rey de la Revolución consumía sus buenos deseos en bien de todos, sin conseguir cosa alguna, se reconcentraba pensando en el Cacique, sin que a la postre de su reflexión diese con la verdadera figura moral de este dueño y señor de las Españas.

Correspondiendo a esta natural incompreensión del

absurdo, otro extranjero, que radicó entre nosotros largo tiempo, y ocupó sus horas en el estudio de la literatura clásica se inquietaba al ver cómo en la nación hidalga predominaba la injusticia; y también le producía extrañeza el que, hasta en la disposición menos importante se usara el nombre augusto del Monarca.

Y citaba el caso de que para conceder a un Catedrático una licencia de tres meses, sin sueldo, se comenzara el decreto diciendo: «S. M. el Rey (Q. D. G.) ha tenido a bien...» Un discreto colaborador de la obra del Ateneo, que aún existe, redujo esta sorpresa a la fórmula siguiente: «Sí, señor. Aquí la Administración trabaja activamente redactar en e imprimir una innumerable serie de disposiciones que comienzan con la superchería de que el Soberano mismo la ha dictado, y que concluyen con la realidad de que el dictador es el Cacique.»

Mientras he ido anotando los apuntes que forman esta desordenada conferencia, me ha asaltado muchas veces el temor, y lo he expresado, de que una parte de los que me oyen crea que el tema es arcaico; y así procuro en cada detalle revalidarlo con ejemplos que acrediten la constante perdurancia de la terrible y destructora palga de iniquidades. Y ahora acaban de ocurrir, en los últimos meses, en los últimos días, sucesos que confirman mi aserto: el caciquismo ha sido y es causa predominante de las desventuras nacionales...

He aquí la nueva demostración... Aún suena en mis oídos aquel discurso maravilloso de D. Emilio Castelar que en las Cortes Constituyentes, o en las de la Restauración, preconizaba las glorias de la vida municipal, que era para él maestro de la elocuencia base firme de la Patria. Hemos sido educados, más que en la doctrina, en la cadencia de esos párrafos, que refulgen con el estro del poeta. Y se han consumido dos generaciones intentando hacer compatible el dogma castelarino con las ignominias afrentosas de la organización local que nos rodean.

Y la imposibilidad de que el Municipio tenga el honor y el prestigio que le corresponde, estriba en que subsiste en todos la misma duda que no consiguió resolver el triste Rey D. Amadeo. Es que el Municipio, fuera de excepciones peregrinas, es el Cacique.

Este lo compone, él lo hace elegir, él lo monta como máquina que ha de moverse según su deseo. Así véis cómo huyen de la autoridad edilicia los ejemplares ciudadanos, que en cada pueblo representan la cultura.

Con motivo de la recientísima campaña, he recibido yo millares de cartas del clero rural, y en ellas, más que la humilde cuanto justa petición de haberes, se reclama la independencia, sometida hoy a la voluntad del ignominioso secutor. Los maestros de escuela han conseguido cobrar sus estipendios del Estado, porque el cacique impedía que el Ayuntamiento los pagara. Y los médicos acaban de lanzar su protesta airada contra los siniestros amos que les obligan al

trabajo, les ofenden y no los retribuyen... De manera que ahí tenéis la prueba: cuantos en la aldea curan del alma y del cuerpo, levantan sus voces, no sin peligro de la represalia, para que se les libre de la servidumbre.

Y ahora ya habrá de quedar definitivamente justificado lo que os he dicho, invocando en vosotros, los que gobernáis la nación, los que la gobernaréis en lo futuro, rasgos de energía salvadora que nos entreguen plenamente el derecho a ser ciudadanos libres.

Como a toda labor mental mía asiste desde lejos, tanto más lejos cuanto menor es mi cultura, la sombra de Cervantes, en este empeño de hoy, he puesto la rememoración del genio de Castilla. Y para concluir... ello va a ser muy pronto... citaré dos casos que yo encuentro en la lectura del *Quijote* y que algún enlace tienen con mi disertación.

Cuando el Ingenioso Hidalgo partió de su pueblo en busca de las aventuras, *le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas, como de persona que se quejara... Y volviendo las riendas, encaminó a Rocinante a donde le pareció que las voces salían. Y a pocos pasos que entró por el bosque, vió atada una yegua a una encina, y atado en otra a un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote*

le acompañaba con una reprehensión y un consejo. Porque decía: «La lengua, queda; y los ojos listos»... Y el muchacho respondía: «No lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato...» Ante las amenazas de Don Quijote, el labrador soltó a su criado y prometió pagarle la cuenta que le debía, y que era, para que se recuerde, sesenta y tres reales...

Más tarde volvió a toparse el andariego de los ideales con aquel muchacho, y éste, en vez de manifestársele agradecido, le recriminó por la intervención narrada, rogándole que en lo futuro no se metiera de por medio entre los azotes crueles del amo y el ideal de la justicia...

Siendo el cacique el que, por su propia mano, sin respeto a la ley, opera en el castigo de sus vecinos, no será fantasía lírica el pensar que ese labrador de buen talle era el cacique, a lo menos con sus servidores, y que para él no había otra ley que la del encaje, siendo tan magno señor de ella, que ni el propio hidalgo podía anularla.

Los años, los siglos han pasado. Y ahora el pueblo español, amarrado a la encina de la inmortal fábula, continúa recibiendo los latigazos con que le hiere el dominador de la aldea. Añadiré, para que el ejemplo sea completo, que no ha mucho que un ilustre personaje, en el que todo ha sido nobleza generosa, fué rogado por los vecinos de cierto Municipio para que no interviniera más en su defensa, porque

después de ella, se aumentaban los vejámenes, se centuplicaban las injusticias y se convertía el castigo en martirio.

Pero también en el *Quijote* está la fórmula salvadora... ¿Qué no se hallará en nuestro libro si se busca con la codicia de encontrarlo?... Allí fulgura la representación máxima del español bueno, generoso, padre de la ciudadanía: el Caballero del Verde Gabán, Don Diego de Miranda...

«Tengo—dijo Don Diego a Don Quijote— hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros... Alguna vez, como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor...»

... Quede en vuestros oídos el eco de la voz que nunca muere, y sean las palabras que he leído fórmula de la esperanza... Pocos días ha que conversaba yo con el insigne cervantista D. Francisco Rodríguez Marín, a quien pregunté — por ser él el máximo ex-crutador de la obra— que había encontrado allí su

diestrísimo ingenio, referente al caciquismo. Y él me contestó:

—«Para todo lo nacional hay en el *Quijote* doctrina... Pero lo que le puedo afirmar es que Cervantes decretó en sus páginas la fórmula del perfecto ciudadano, libertador de los pueblos sometidos, dechado de las ejemplaridades... ¡El Caballero del Verde Gabán!»

Así termino el deber que me habéis impuesto. Mucha amargura en mi alma... Mucha esperanza también... Si no es hoy, será mañana... Confío absolutamente en una hora de reparación... Y cuando acaben las tormentas, y la serenidad impere, el Caballero del Verde Gabán pasará ante la mirada de nuestros sucesores, sobre «una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo»... Tornará el hombre de la justicia y de la dignidad, en cuyo hablar florecen los conceptos castizos... Será entonces cuando en el camposanto del Aldea, bajo una cruz de perdón, yazgan los huesos del último cacique.